

CRONICA LITERARIA

por ALONE

"LA VOZ INFINITA", novela presentarse en por Leticia Repetto Baeza. que la autora de este breve libro, tan juvenil y tan femenino: es exactamente un traje como lo debe llevar toda niña que se estrena en sociedad. No le falta nada. Un cuaderno cuadrado, elegante, original sin exceso; una cabeza de melena, muy hermosa; palabras poéticas de Darío Niccode-mi; una página amable y alentadora, por Enrique Díez-Canedo; ilustraciones decorativas ligeras y modernistas por Raúl del Solar. ¿Qué más? En hoja aparte, juicios breves, discretamente elogiosos, de hombres célebres o conocidísimos: Joaquín Edwards Bello, Ramiro de Maeztu, Conrado Ríos Gallardo, don Santiago Méndez de Vigo y D. Amadeo Ferreira d'Almeida; un Ministro de Relaciones y tres Embajadores. ¡Cuánta diplomacia! Agréguese el público de Valparaíso que agotó en pocos días una edición de mil ejemplares y se tendrán las proporciones de un éxito feliz. —"Y Ud., Mara, cree en realidad que es tan mala la vida?"

No, a pesar de su juventud y del pesimismo propio de esta edad. Mara no encuentra desagradable vivir. "¡Oh! Tanto como mala, no!", pero sí indiferente y con mucho de egoísmo. Para algunos la vida tiene senderos marcados, de los que los hombres nunca pueden apartarse, y para otros tiene senderos libres, abiertos a todas las ilusiones; a éstos la esperanza es siempre luminosa; a aquellos no es más que una sombra, un recuerdo, un deseo, a veces nada..." He ahí su filosofía. Mara cree en el determinismo y hasta se inclina a cierta concepción fatalista de la existencia. Cada cual trae su destino hecho y su camino preparado.

Mara está en un baile con su

abuelita. Todo va muy bien hasta que divisa a Carmen, a su amiga Carmen. Tanto se demuda que la abuelita la cree enferma. ¿Te sientes mal? No, es que he visto a Carmen. ¿Carmen? Sí, Carmen... la esposa de Eduardo... ¡Pobre hija mía! Vámonos pronto a casa.

La señorita Repetto sabe desperar la curiosidad del lector. Carmen, Eduardo, ¿qué significa so?

Paciencia: para algunos la vida tiene senderos marcados... En el 3 Mara apareció Eduardo Arnold, un escritor, novio de juventud, a quien vivió horas "perfumadas por la ilusión que iba construyendo su castillo de flores, cuyas almenas parecían llegar al cielo; rumores de besos que sabían a fuego y a miel; y promesas, promesas..." Luego atravesó Carmen, su mejor amiga.

—Si no te apuras en casarte con Eduardo, te lo voy a quitar! Batalla silenciosa de dos mujeres luchando por un hombre. Risas sonoras. Un corazón que se bresalta y otro que goza. Mara se apuró y un día, leyendo la Vida Social, supó la noticia nunca imaginada: Eduardo se había casado con Carmen... El padre de Mara muere de un ataque al cerebro la deja en la miseria. Un novio millonario, que revoloteaba, hace autis con canallesca diplomacia. Mas de locura, de agonía. Hasta que llega de Europa la abuela, la señora Verdier; y Mara vuelve a a riqueza y viaja por el mundo. Ahora vive en un palacio.

Pero no ha podido olvidarse de Eduardo Arnold: para algunos la vida tiene senderos marcados. Mara quiere embriagarse de flores, de sol, de juventud. Trabajo inútil: "Sólo se llega a la felicidad su- prema cuando se escucha la voz infinita". Esta voz es la del

amor, mejor dicho, la de Eduardo Arnold. Pero está Carmen de por medio. Y Mara suspira en el jardín del palacio de su abuela.

Como a estas alturas sólo vamos en la página 30 y el libro tiene 91, los lectores se preguntarán:

—¿Y qué más?

Algunos pensarán en la facilidad con que se anulan ciertos matrimonios. Paciencia: la vida tiene senderos marcados.

En la página 55, Carmen deja de existir. ¿Por qué no? Carmen no ha conquistado el don de la inmortalidad. Está sometida a todas las enfermedades y a todos los peligros que acechan a las demás mujeres.

Una tarde "el crepúsculo llameaba parpadeante, trizándose en infinitos tornasoles y un tropel de nubes se deslizaba fugitivo por la inmensidad del cielo. La brisa con tierna caricia las unía y dispersaba al mismo tiempo; las nubes rojas que seme- jaban un haz de fuego enlazá- banse con las grises; las del azul intenso deshacíanse bajo el fulgor de las de color de oro y los topacios, deslizándose lentamente hacia la llanura, se envolvían entre cendales opalinos; nubes angostas y alargadas que se perfilaban caprichosas en el firmamento formaban un remolino con las redondas y tumultuosas y en vertiginoso torbellino se apagaban sus colores, renaciendo otros más suaves, más diluidos, más opacos".

—Señorita, aquí tiene "La Tarde". La tarde en el horizonte vespertino encierra un drama de colores; pero esta otra Tarde lleva en sus páginas el fin de una tragedia más sobrecogedora todavía. Mara hojea distraída sus páginas y se detiene en la Vida Social. ¿Por qué las mujeres buscan siempre esta sección? He aquí la respuesta: uno de sus párrafos anuncia la

muerte de Carmen... ¡Cuántas la buscan y la buscan, inútilmente, la muerte de Carmen, hasta que la tarde cae sobre ellas y luego sobreviene la noche! Todas las mujeres que leen la Vida Social buscan, en el fondo, la muerte de alguna Carmen. Mara la encuentra y tiembla de emoción. ¡Carmen, Carmen! Amiga mía! Realmente, nunca le había demostrado Carmen su amistad y nunca Mara la había, sinceramente, sentido como entonces, ante ese retrato orlado de negro. Cayó la noche, pasó un murciélago.

—¡Luisa, Luisa! Prende la luz...

—grita Mara, enronquecida de espanto.

No hay necesidad de que Luisa prenda la luz: ya el corazón de Mara empieza a iluminarse y no tardará en arder.

La vida tiene senderos marcados y la muerte señala sus recodos.

Pasa el tiempo.

Mara veranea en Zapallar. Su vida y su idilio trágicos se entremezclan con la vida y el idilio ingenuos de una amiga, Alicia, juguete de la eterna querella y la eterna reconciliación de los amantes. El amor es un ser vivo— dice Paul Fort — Todos los seres vivos respiran y la respiración del amor está en la querella y en la reconciliación. Alicia riñe, Alicia se reconcilia; Alicia odia y Alicia ama; Alicia corta y Alicia se casa. Mara permanece a la expectativa. El destino trabaja por su cuenta.

Una tarde en la playa, una mujer livida y distraída clama, agitando los brazos:

—¡Socorro! ¡Salven al niño!

Alicia acude con un zapato en la mano. Los bañistas se acercan. Sólo Mara se lanza al agua y pesca a la criatura, en peligro. Bien, Mara. No sabes a quién has salvado, pero nosotros, con más experiencia, lo sospechamos. La vida tiene sus senderos, Mara; y este niño no fue

de haber aparecido inútilmente en el tuyo. A ese niño lo ha enviado la Providencia. La justicia inmanente tiene delicadezas exquisitas con los niños. Son sus instrumentos predilectos y las antiguas religiones los ofrecían en holocausto.

Este niño se llama Enrique Arnold... Mara se sorprende mucho cuando recibe una visita vestida de negro. ¡Eduardo! Sí, Eduardo que va a darle las gracias y algo más.

"Mara, entrecortada, temblorosa, quiso coger las flores; pero Eduardo la detuvo; sintió que dos brazos fuertes la enlazaban amorosamente y una voz queda le dijo al oído:

—Mara, dime... ¿no quieres ser la mamá de Enriqueito?

"Ella iba a protestar; pero en los labios se posaron otros, acariciadores, quemantes, apasionados, y el chasquido de un beso resonó largamente".

Fin. La película ha terminado y todo el mundo está contento.

Tendríamos que ser exigentes para pedirle a una autora de veinte años el conocimiento de la vida y el amargo sabor de la realidad humana que faltan en su libro. En la obra de la señorita Repetto hay lo que debe haber: facilidad de estilo, arte de la composición, relato liviano de hechos congruentes cierta plasticidad en las descripciones y, sobre todo, notable rapidez del diálogo. Le han aconsejado, por este último, dedicarse al teatro. Acaso sea un buen consejo. Su extrema juventud revela condiciones realmente notables, y, descontando prodigios como Daisy Ashford, que a los nueve años produjo "Los Jóvenes Visitantes", esa maravilla de juguetería, y Raymond Radiguet, autor, a los veinte, de "El Balle del Conde de Orgel", una obra maestra absolu-

ta, creemos que serán pocas las producciones de adolescentes capaces de compararse con "La Voz Infinita". Es preciso considerar que la novela figura entre los géneros que más necesitan no sólo de experiencia e intuición del arte, sino también de la vida; y que no son los veinte, sino los cuarenta años los señalados como más propicios para cultivarla.

La señorita Repetto Baeza tiene todavía mucho camino que andar.

"EL HUERFANO", Hermosa edición, por Ismael Valdés Valdés. Limpia, sobria, de buen gusto. La Imprenta "Siglo XX" (Santo Domingo 864), merece una mención especial.

En cerca de cuatrocientas páginas, don Ismael Valdés Valdés considera el problema social de los huérfanos a través de sus largos estudios e interesantes observaciones realizadas dentro y fuera del país.

El carácter científico de la obra no excluye—y cómo podría excluirlo tema semejante!— la nota tierna y sentimental. Habla el señor Valdés sobre la conveniencia de no separar en ningún caso al hijo de su madre, y como ejemplo de amor filial instintivo reproduce esta carta de un niño abandonado que supo el nombre de su madre y le escribió inmediatamente:

"Madre querida: me alegro muchísimo de saber de ti, me sorprendió tanto saber de mi madre que no encontré en el primer momento qué hacer, yo no sabía que tenía madre. Dime, ¿tengo padre, hermanas, hermanos, tíos, tías, primos? Yo estoy bien, voy a cumplir catorce años. ¿Cuántos años tienes tú? Espero que te encuentres bien, lo mismo que yo. Escríbeme y háblame mucho de ti, de lo que haces, de tu hijo".

Carta que merece figurar junto

a algunas partes de batalla célebres.

El señor Valdés visita establecimientos orteamericanos.

En la granja Sleighton se procura, sobre todo, desarrollar la personalidad. Si las muchachas triunfan en sus exámenes, se las aplaude; si fracasan, nadie le da mayor importancia. Lo interesante es que, en dos años de estudios, se preparen para afrontar la vida.

Con este objeto "se les leen historias para que hagan listas con los rasgos más sobresalientes de virtud, intereza y valor moral; y al fin de semana ellas mismas se marcan puntos por aproximación a estos ideales.

"Estas notas son cuestión de conciencia. No hace mucho una niña se acercó a la Directora, y le dijo:

"—No sé qué nota asignarme esta semana.

"—¿Será porque habéis desobedecido a la madre de la casa?" "—La nota que he puesto en obediencia es baja—respondió la chica.— Y esto afecta también otras cosas, ¿no es verdad? Demuestra falta de dominio de mí misma.

"La Directora le hizo ver que en esta ocasión no se había encolerizado, como a su costumbre, y le aconsejó no ser demasiado severa consigo misma en materia de dominarse".

Casos y rasgos como estos abundan en el libro y hacen su lectura no sólo provechosa sino llena de atractivos

Alone